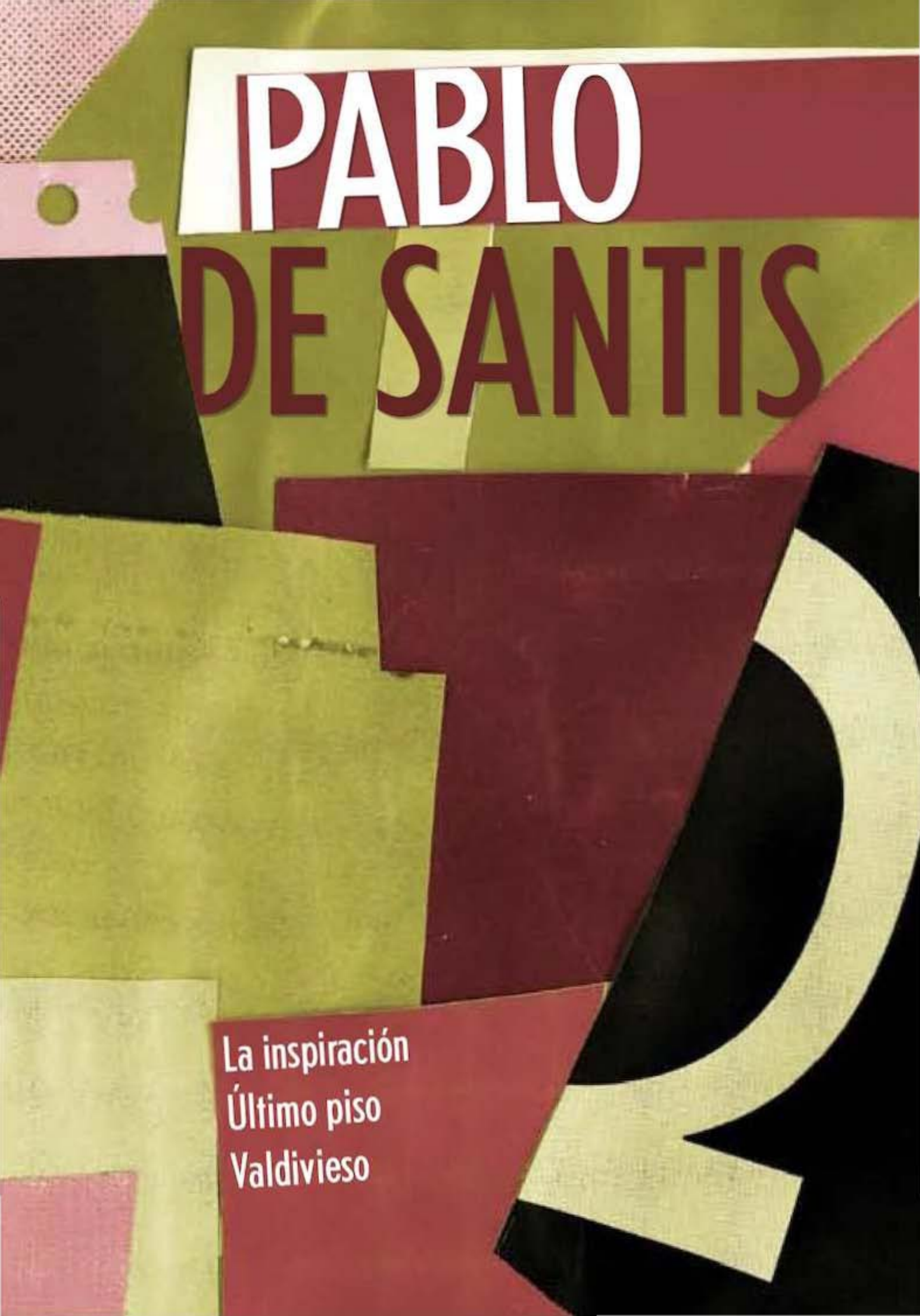




PABLO

DE SANTIS

La inspiración
Último piso
Valdivieso

“La inspiración” de Pablo De Santis

© Pablo De Santis

“Valdivieso” de Pablo De Santis

En *Los Signos*, de editorial La Página S.A. Publicado por Página 12

© Pablo De Santis

“Último piso” de Pablo De Santis

En *Los Signos*, de editorial La Página S.A. Publicado por Página 12

© Pablo De Santis

Ilustraciones: Marumont

Diseño de tapa y colección: Plan Lectura 2008

Colección: “Escritores en escuelas”



Ministerio de Educación

Secretaría de Educación

Unidad de Programas Especiales

Plan Lectura 2008

Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires.

Tel: (011) 4129-1075/1127

planlectura@me.gov.ar - www.me.gov.ar/planlectura

República Argentina, 2008



LA INSPIRACIÓN

POR PABLO DE SANTIS

El poeta Siao, que vivía desde el otoño en el palacio imperial, fue encontrado muerto en su habitación. El médico de la corte decretó que la muerte había sido provocada por alguna sustancia que le había manchado los labios de azul. Pero ni en las bebidas ni en los alimentos hallados en su habitación había huellas de veneno.

El consejero literario del emperador estaba tan conmovido por la muerte de Siao, que ordenó llamar al sabio Feng. A pesar de la fama que le había dado la resolución de varios enigmas - entre ellos la muerte del mandarín Chou y los llamados "crímenes del dragón"- Feng vestía como un campesino pobre. Los guardias imperiales se negaron a dejarlo pasar, y el consejero literario tuvo que ir a buscarlo a las puertas del palacio para conducirlo a la habitación del muerto.

Sobre una mesa baja se encontraban los instrumentos de caligrafía del poeta Siao: el pincel de pelo de mono, el papel de bambú, la tinta negra, el lacre con que acostumbraba a sellar sus composiciones.

-Mis conocimientos literarios son muy escasos y un poco anticuados. Pero sé que Siao era un famoso poeta, y que sus poemas se contaban por miles -dijo Feng-. ¿Por qué todo esto está casi sin usar?

-Sabio Feng: hacía largo tiempo que Siao no escribía. Como verá, comenzó a trazar un ideograma y cayó fulminado de inmediato. Siao luchaba para que volviera la inspiración, y en el momento de conseguirla, algo lo mató.



Feng pidió al consejero quedarse solo en la habitación. Durante un largo rato se sentó en silencio, sin tocar nada, inmóvil frente al papel de bambú, como un poeta que no encuentra su inspiración. Cuando el consejero, aburrido de esperar, entró, Feng se había quedado dormido sobre el papel.

—Sé que nadie, ni siquiera un poeta, es indiferente a los favores del emperador —dijo Feng apenas despertó—. ¿Tenía Siao enemigos?

El consejero imperial demoró en contestar.

—La vanidad de los poetas es un lugar común de la poesía, y no quisiera caer en él. Pero en el pasado, Siao tuvo cierta rencilla con Tseng, el anciano poeta, porque ambos coincidieron en la comparación de la luna con un espejo. Y un poema dirigido contra Ding, quien se llama a sí mismo "el poeta celestial", le ganó su odio. Pero ni Tseng ni Ding se acercaron a la habitación de Siao en los últimos días.

—¿Y se sabe qué estaban haciendo la noche en que Siao murió?

—La policía imperial hizo esas averiguaciones. Tseng estaba enfermo, y el emperador le envió a uno de sus médicos para que se ocupara de él. En cuanto a Ding, está fuera de toda sospecha: levantaba una cometa en el campo. Había varios jóvenes

discípulos con él. Ding había escrito uno de sus poemas en la cometa.

—¿Y dónde levantó Ding esa cometa? ¿Acaso se veía desde esa ventana?

Si, justamente allí, detrás del bosque. Honorable Feng: los oscuros poemas de Ding tal vez no respeten ninguna de nuestras antiguas reglas, pero no creo que alcancen a matar a la distancia. ¡Además, la cometa estaba en llamas!

—¿Un rayo?

—Caprichos de Ding. Elevar sus poemas e incendiarlos. Yo, como usted, Feng, tengo un gusto anticuado, y no puedo juzgar las nuevas costumbres literarias del palacio.

Feng destinó la tarde siguiente a leer los poemas de Siao. A la noche anunció que tenía una respuesta. El consejero imperial se reunió con él en las habitaciones del poeta asesinado. Feng se sentó frente a la hoja de bambú y completó el ideograma que había comenzado a trazar Siao.

—"Cometa en llamas" —leyó el consejero—. ¿La visión de la cometa le hizo a Siao recuperar la inspiración?

—Siao trabajaba a partir de aquello que lo sorprendía. El momento en que se detiene el rumor de las cigarras, la visión de una estatua dorada entre la niebla, una mariposa atrapada por la llama. De estas cosas se alimentaba su poesía. Aquí en el palacio, ya nada lo invitaba a escribir: por eso su pincel nuevo estaba sin usar desde hacía meses. Ding puso allí el veneno, y con la suficiente anticipación como para que nadie sospechara de él. Sabía que Siao, como todos los que usan pinceles de pelo de mono, se lo llevaría a la boca al usarlo por primera vez, para



ablandarlo. Los restos del veneno se disolvieron en la tinta. Esa fue una de las armas de Ding.

–Imagino que la otra fue la cometa –dijo el consejero.

–Ding sabía que al ver algo tan extraño como una cometa en llamas, la inspiración volvería al viejo Siao.

Feng tomó el pincel de pelo de mono y escribió:

Una cometa en llamas sube al cielo negro.

Brilla un momento y se apaga.

Así la injusta fama del mediocre Ding.

–Mis dotes como poeta son pobres, pero acaso no esté tan alejado del tema que hubiera elegido Siao –Feng limpió con cuidado el pincel–. Como poeta Ding rechaza toda regla, pero como asesino acepta las simetrías. Para matar a un poeta eligió la poesía.



ÚLTIMO PISO

PABLO DE SANTIS

El hombre, cansado, sube al ascensor. Es una vieja jaula de hierro. El ascensorista viste un uniforme rojo. Aunque lo ha cuidado tanto como ha podido, se notan los remiendos, la tela gastada, el brillo perdido de los botones.

–Último piso –indica el pasajero. El ascensorista se había adelantado a sus palabras, y ya había hecho arrancar el ascensor.

–¿Cómo andan las cosas allá afuera? ¿Llueve? –pregunta el ascensorista.

El pasajero mira su impermeable, como si ya no le perteneciera del todo.

–Sí, llovió en algún momento del día.

–Extraño la lluvia.

–¿Hace mucho que trabaja aquí?

–Desde siempre.

–¿No es un trabajo aburrido?

–No tanto. Hablo con los pasajeros. Me cuentan sus vidas. Es como si viviera un poco yo también.

–El viaje es corto. No hay tiempo para hablar mucho.

–Con una frase, o una palabra, a veces basta. Otros se quedan callados, y también eso es suficiente para mí.

Los dos hombres guardan silencio por algunos segundos. Apenas se oye el zumbido del ascensor.

–Déjeme un recuerdo, si no es una impertinencia.

El hombre busca en los bolsillos. Encuentra un reloj al que se le ha roto la correa de cuero.

–Gracias. Lo conservaré, aunque no miro nunca la hora.

El pasajero siente alivio por haberse sacado el reloj de encima.

–Estamos por llegar –dice el ascensorista–. Ah, le aviso, el timbre no funciona. Verá una puerta grande, de bronce. Golpee hasta que le abran. No se desanime si tiene que esperar. Siempre terminan por abrir.

El ascensor deja atrás las últimas nubes y se detiene.

VALDIVIESO

PABLO DE SANTIS

Durante diecisiete años trabajé como viajante de comercio recorriendo la zona sur del país. Vendía repuestos de maquinarias Thompson: partes de tractores, inyectores, bombas de agua, grúas. Llevaba conmigo catálogos de mil doscientas páginas que mostraba con orgullo a mis clientes: me sentía parte de la gran familia Thompson.

A pesar de que cuanto más al sur iba, menos clientes encontraba, prefería seguir avanzando con mi Rambler en esa dirección. Ningún otro viajante se aventuraba hasta allá abajo. Yo quería llegar hasta el fondo del mapa, hasta la misma Valdivieso.

Seguí con cuidado las indicaciones del camino hasta un páramo donde encontré, por fin, el cartel con el nombre del pueblo. Pero no había ningún pueblo. Unas ovejas pastaban cerca de una osamenta; un perro me ladró sin ganas y después se perdió en la gruta que llevaba hacia la mina de carbón.

Decepcionado, inicié el camino de regreso. A cien kilómetros encontré un hotelito construido en medio de la nada. En la barra de estaño un camionero tomaba una cerveza. Supuse que conocería bien la zona. Le hablé del cartel, del pueblo evaporado. Se rió.

—Usted llegó hasta las puertas de Valdivieso, pero no miró bien.

—¿Detrás de los cerros?

–No. Bajo sus pies.

Me explicó que las minas eran tan profundas que los mineros, para no perder tiempo en volver a la superficie, se habían instalado bajo tierra. Pronto se agregaron oficinas, una sala de primeros auxilios y una capilla.

–Son gente rara –dijo el camionero–. Salen muy de vez en cuando. Están orgullosos de su pueblito y por eso no les gusta el exterior.

Se acercó el dueño del hotel:

–Dicen que Valdivieso ha crecido mucho. Que es una verdadera ciudad.

El camionero terminó su cerveza.

–Yo por las dudas sigo de largo. Mucha gente que visitó el pueblo por curiosidad, se quedó a vivir allí.

–Como Ramón –recordó el del hotel–. Como el cabo Luna, como el médico. De ninguno volvimos a tener noticias.

–Como si se los hubiera tragado la tierra –dijo el camionero antes de seguir su camino.

Pedí un cuarto y me fui a dormir con la decisión de visitar el pueblo el día siguiente. Podría venderle algunos de los cien modelos de linternas Thompson. Pero apenas desperté abandoné la religión y nunca volví a Valdivieso.

Nació en Buenos Aires, en el barrio de Caballito, el 27 de febrero de 1963. Es Licenciado en Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires. A partir de la obtención del premio "Fierro busca dos manos", organizado por la revista Fierro en 1984, comenzó a escribir guiones de historietas. Fue jefe de redacción de la revista Fierro y coordinó la colección "Enedé. Narrativa dibujada" (Ediciones Colihue), dedicada a los clásicos de la historieta. Trabajó durante muchos años como periodista y escribió para televisión la miniserie *Bajamar*, y los textos de los programas que realizó Fabián Polosecki: *El otro lado* (1993-1994), y *El visitante* (1985). Fue jurado de varios concursos literarios. Actualmente dirige las colecciones para lectores adolescentes *La movida* y *Obsesiones*, de Ediciones Colihue. Como periodista, colabora en los diarios Clarín y La Nación. Sus novelas fueron traducidas a nueve idiomas.

¿Querés leer más de este autor?

Es autor del libro de cuentos *Espacio puro de tormenta*; las novelas *El palacio de la noche*, *Desde el ojo del pez*, *El último espía*, *La sombra del dinosaurio*, *Pesadilla para hackers*, *Lucas Lenz y el Museo del Universo*, *Astronauta solo*, *Las plantas carnívoras*, *Enciclopedia en la hoguera*, *Páginas mezcladas*, *Filosofía y Letras*, *La traducción*, *Lucas Lenz y la mano del emperador*, *El teatro de la memoria* y *El calígrafo de Voltaire*; los libros de miscelánea *Transilvania Express*. Guía de vampiros y de monstruos e Invenciones argentinas. Guía de cosas que nunca existieron; los ensayos *Rico Tipo y las chicas de Divito* y *La historieta en la edad de la razón* y el libro de historietas *Rompecabezas*.

¿Querés saber más de este autor?

www.leer.org.ar



Ministerio de
Educación

Presidencia de la Nación

PLAN LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA



cfce

Consejo Federal
de Cultura y Educación